



Lucio V. Mansilla

Anacarsis Lanús

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Lucio V. Mansilla

Anacarsis Lanús

A sus hijos

La religion de l'homme n'est, souvent
Que son amour et sa reconnaissance.
MASSILLON

Hace muchos años, recién se había fundado la institución de crédito que la República debe a uno de sus más noble hijos.

Me refiero al señor don Francisco Balbín, cuya efigie, en mármol imperecedero, debiera estar en el frontispicio de todo Banco Hipotecario, para recordarles a los presentes, tan olvidadizos como los venideros, que es a él a quien Buenos Aires debe, en gran parte, sus progresos materiales.

Aprovecho de paso esta coyuntura luctuosa, desgraciadamente, para rendir homenaje a la memoria de tan ilustre ciudadano.

Era en julio de 186...la noche estaba fría. El que transitara a esa hora, que eran las nueve, podía sentir que los viandantes apuraban el paso, que tiritaban, que se envolvían lo mejor posible en sus abrigos, y que esquivaban el rostro, poniéndolo, como dicen los marinos, a sotavento, para resguardarse de un vientecillo húmedo que soplaba del sur, buscando casi todos los que iban de este a oeste, o viceversa, las aceras que miran al norte.

La luz del gas era escasa; las tiendas y almacenes comenzaban a cerrarse; el barrio, de suyo sombrío.

Una mujer esbelta, tapada a la española, dejando ver solamente dos ojos negros, relucientes como azabaches, cruzó, apurando el paso, de la vereda del norte a la del sur, casi en la esquina de Potosí, entonces – Alsina, ahora - , y Tacuarí, tomó el paredón de la iglesia de San Juan y, deslizándose como una sombra, siguió su camino, siendo difícil seguirla sin comprometerse o comprometerla.

La negra figura iba oprimiendo su corazón, para respirar con más facilidad, no porque fuera enferma, no porque la agitaran malos pensamientos, sino porque hacía un esfuerzo sobre sí misma, movida por la dura ley de la necesidad.

Los que con ella se cruzaban, la miraban: un instinto les decía: dejadla seguir, y la dejaban proseguir tranquilamente su camino, presa de su emoción.

Al llegar a las cuatro esquinas del mercado viejo, dobló a la izquierda, tomando al norte; se detuvo, vaciló entre seguir por la vereda que mira al naciente o atravesar; se orientó, le pareció observar que nadie la veía, se decidió, atravesó y entró en una joyería, que estaba ya por cerrar.

Un hombre, que salía del club del Progreso, la vio; creyendo reconocerla, se detuvo maquinalmente, movido por lo feo de la noche y, más que por curiosidad, por un sentimiento de interés, e involuntariamente, observó, diciéndose a sí mismo:

- Es fulana. ¿A estas horas? ¿Por acá? ¿A pie? ¿Tan tapada? ¿Qué habrá?

La mujer no hizo más que descubrirse y decirle al joyero:

- ¿Me conoce usted?

El joyero la miró con cierta sorpresa, por no decir estupefacción, y con uno de esos sí, señora que implícitamente dicen: ¿Y quién no la conoce a usted?, ofrecióle que se sentara.

La desconocida se sentó, respiró con expansión, como quien llega al límite de la jornada, balbuceó algunas palabras entrecortadas, rogóle al joyero que cerrara y, una vez que éste lo hizo, díjole, sacando del bolsillo del vestido un estuche de terciopelo encarnado:

-¿Quiere usted hacerme el favor de tasarme este brazalete?

El joyero lo examinó prolijamente, hizo como una cuenta mental, y contestó en conciencia:

-Vale veinte mil pesos.

- ¿Por lo menos?

- Por lo menos, señora.

-¿Me quiere usted dar cinco mil por un mes, quedándose con la prenda en garantía?

- Con mucho gusto, señora; por el tiempo que usted quiera.

La desconocida tomó el dinero, se envolvió en su chalón, se miró al espejo para asegurarse de que estaba perfectamente tapada y repitió una vez más:

“¡Gracias! ¡gracias!, volveré antes de un mes”.

Salió precipitadamente, hesitó un momento, para resolverse a volver sobre sus pasos por la calle de Potosí, o por la de la Victoria.

El hombre, que estaba enfrente, no se había movido: ella le vio, no le reconoció, pero temió que la hubieran reconocido y el solo temor y la idea de las sospechas que hubiera podido suscitar le hicieron subir al rostro un calor rojizo. Estuvo por atravesar y decirle a ese hombre: “Soy yo, no ando en nada malo”, pero las mujeres no tienen ese valor, y sólo pensó en que, porque caminaba aprisa, todo lo ocultaba.

El hombre la siguió de lejos, ella no dio vuelta una sola vez, no pensaba sino en llegar.

Llegó; la puerta de su casa estaba abierta; el zaguán, iluminado. Entró, había visitas, todos hombres. La esperaban; antes de salir, había dejado sus órdenes. Se transfiguró, volviendo a ser ella misma, y nadie sospechó ni pudo sospechar todas las angustias por que acababa de pasar.

Esa mujer había nacido en la opulencia, y en ella había pasado los mejores años de su vida. Era bella como Níobe, joven aún; los tiempos habían cambiado. Su posición era otra; su prestigio no había pasado. La hermosura tiene eso, y, si a la hermosura se agrega el espíritu, la gracia, la cultura; ¡qué fascinación para los hombres! Todos son esclavos.

Los tiempos habían cambiado, he dicho, y al boato hábale sucedido la escasez; pero la sociedad tiene sus leyes y había que salvar las apariencias. El rico se encontraba en dificultades.

El hombre que había seguido a la mujer, cuando la vio entrar en su propia casa, en la casa solariega – que había llegado a ser suya por herencia - , no pudo dudar: era ella.

¿Y en qué había andado esta señora?

El la quería, con ese afecto desinteresado, generoso, noble, que es el bello ideal del amor.

Imaginaos la noche que pasaría, siendo como era una alma delicada.

¡Qué aguijón el de la curiosidad!

Al día siguiente, una vez en la calle, no tuvo más que un solo pensamiento fijo, salir de dudas.

Se fue a la joyería, entró, y con la seguridad de Arquímedes, dijole al joyero, que le conocía perfectamente, porque...¿quién no le conocía entonces?...

- Anoche ha estado aquí, a tales horas, tal persona; ha entrado en los momentos en que usted cerraba su puerta. Usted la ha cerrado tras ella, y ella ha permanecido aquí diez minutos, por lo menos. Yo quiero que usted me diga qué hacía aquí, a esa hora, esa señora.

- Ha venido a empeñar una alhaja.

-¡Ella!

- Sí, señor.

- ¿Qué alhaja? ¡A ver!

Y el joyero mostró el brazalete.

-¿Y cuánto vale este brazalete?

-Veinte mil pesos, por lo menos.

-¿Y cuánto le ha dado usted a la señora, por él?

- Cinco mil.

- Bien, déme usted el brazalete; usted me conoce; aquí tiene usted sus cinco mil pesos.

- Pero, señor...no es correcto.

- Bueno, le daré a usted un recibo en el que conste que usted me entrega el brazalete, en depósito, durante un mes.

El joyero cedió.

El hombre tomó el brazalete, salió y se fue a la casa de la desconocida, en derechura. Llamó, se anunció, le hicieron entrar y fue recibido como se lo merecía.

Hacía tiempo que él y ella no se veían. Se vieron, pues, con mutua satisfacción.

Hablaron; ella de todo lo que quería, y él de lo que no quería, hasta que, por fin, de elipsis en elipsis, llegaron ambos a colocarse en la situación psicológica.

- Señora – díjole él -, tengo aquí una cosa para usted.

-¿Para mí?

- Sí, señora

Y esto diciendo sacó del bolsillo el mismo, mismísimo estuche encarnado que la dama había empeñado la noche antes, y cuya visión la puso más encarnada de lo que se pusiera cuando, al salir de la joyería, pensó que pudiera sospecharse de los pasos nocturnos en que andaba.

-¡Fulano, por Dios! ¿Qué es esto?

- Señora...¿y usted me lo pregunta a mí?

- Y ¿por qué no?

-¿Usted ignora que los que llevan mi apellido están eternamente vinculados, por la gratitud, a su marido?; ¿Qué!; ¿Usted no sabe, ¡cómo no lo ha de saber!, que, en tiempos difíciles, su marido le dio a nuestro padre casa de balde, para que viviera?

- Pero...esas son cosas de mi marido...Yo¿qué tengo que hacer con eso?

-Señora, no discutamos. Aquí tiene usted su brazalete. Supongo que, entre un joyero y yo, usted me preferirá como acreedor; su marido está ausente...sus hijos no la pueden ayudar...los tiempos son duros para ustedes...y yo, pobre cuando su marido era rico, soy millonario ahora.

La mujer cedió.

El hombre continuó:

- Pero es que esto no me basta a mí: es que yo necesito exigirle a usted algo más.

-¿Todavía?

-Sí, señora: las deudas de la gratitud no se liquidan jamás cuando uno tiene el corazón bien puesto.

La mujer se echó a llorar: su belleza debía ser ideal, en aquel momento, arrasada en lágrimas de agradecimiento.

- ¿Y qué más quiere usted?

- Que usted me diga cuánto necesita mensualmente para vivir como debe usted vivir, y que me deje usted hacerle aquí una casa, en la que usted podrá vivir y tener además una renta. El Banco Hipotecario está ahí, y a estas operaciones se presta con gran facilidad.

La mujer, dominada por aquella alma buena, cedió: en dos palabras más, todo quedó arreglado.

El que este cuadro de nobleza y gratitud esboza, a grandes pinceladas, era soldado y hacía la guerra del Paraguay.

Vino un día a Buenos Aires, y departiendo con su madre, díjole ésta:

-¿Dime, hijo mío, eres amigo de fulano?

- Sí, madre mía.

- Bien...tengo un favor que pedirte.

-¡Favor! ¿A mí? Usted sabe que sus deseos son órdenes.

- Ya lo sé; sin embargo...

- Diga usted, madre mía.

- ¿Sabes tú cómo es que yo tengo ahora casa y renta?

El hijo se encogió de hombros; nunca había inquirido, aunque siempre se hubiera ofrecido, cómo su madre se desenvolvía en medio de tantas dificultades como habían agobiado a su familia, y repuso:

- Mamita, francamente, no sé.

Y la madre le explicó todo lo que había pasado, y después de habérselo explicado, le exigió que, si alguna vez, por disidencias políticas, se encontraba en bandos opuestos con el hombre de quien vengo hablando, tuviera presente todo lo que a él le debía.

Corrió el tiempo, que con tanta velocidad corre. Yo fui un día a casa de ese hombre y le dije:

- Necesito que me prestes tu firma para tomar veinte mil pesos.

Es de advertir que, después de la notificación de mi madre, yo miraba a ese hombre con profunda veneración.

-¿Cómo no? – me dijo - , con mucho gusto; pero me permitirás que te pregunte para qué necesitas esos veinte mil pesos.

Confieso francamente que, pocas veces, en mi vida, me he visto más apurado; porque esos veinte mil pesos eran para trabajar electoralmente por un candidato que no era el de mi amigo. ¡Pero qué diablos! Si uno no es franco con sus amigos personales, ¿con quién lo ha de ser?

Mi candidato era el doctor don Nicolás Avellaneda.

Mi amigo me dijo:

-¡Pero hombre, y que tan luego yo te dé mi firma para que vayas a trabajar contra mí, en la Rioja!

-¡Eh! Ya nos arreglaremos.

-¡Hum!¿Y qué arreglos caben entre tú y yo?

Discurrimos, y le dije:

- Ustedes tienen malas tendencias. La revolución es un recurso extremo que

no se justifica sino por el éxito, y me parece que esta vez ustedes están mal inspirados. Perderán todas las posiciones que ocupan, y desaparecerán todos los equilibrios...

Ese hombre acaba de morir. Escribo estas líneas bajo la impresión de la triste nueva: no pago con ellas sino pequeño tributo a su memoria, presentando su ejemplo, como tipo envidiable, a los que hayan sentido alguna vez solicitado su corazón por los deberes de la gratitud, o a aquellos que sean refractarios a tan noble emulación.

Ese hombre se llamaba ANACARSIS LANÚS.

La mujer que, en noche fría y oscura, vagaba por las calles de Buenos Aires para empeñar sus joyas, se llama Agustina Rozas.

Esa mujer es mi madre, y estoy seguro que cuando lea ella estas líneas reconocerá que yo soy hijo genuino de sus entrañas, y que del modo más digno, hago honor a la memoria de uno de los hombres más buenos que ella ha querido, y que a ella la han querido.

No sé si sobre la tumba de los muertos hay otro modo de recogerse en esta hora trágica de la consumación final.

Yo sólo sé decir que me desprendo de toda preocupación social y de orgullo, para declarar aquí bien alto: que no hay sobre la tierra hombres mejores que el que ya no existe, que ANACARSIS LANÚS.

El presente libro ha sido digitalizado por el voluntario Gonzalo Pedro Pagani.

Súmesese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#).

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#).



editorial del cardo